

DISCURSO DE INGRESO



Josefina de la Torre Millares



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2022

© Academia Canaria de la Lengua

© Josefina de la Torre Millares

© de la nota a esta edición y la selección de textos:

Cecilia Domínguez Luis

Diseño de colección:

Bernardo Chevilly

Composición e impresión:

El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF. 804-2022

ISBN: 978-84-96059-66-5

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Josefina de la Torre, mujer polifacética (actriz, cantante y poeta) nacida en Las Palmas de Gran Canaria en 1907 y fallecida en Madrid el 12 de junio de 2002, es considerada, como ella misma afirma, la última de la Generación del 27 y está incluida en la antología de las llamadas «Sin sombrero», mujeres pertenecientes a dicha Generación.

En julio de 2000, la Academia Canaria de la Lengua la nombra Miembro de Honor y ese mismo año, el 24 de noviembre, su sobrina

nieta lee su discurso, al no poder viajar Josefina, por razón de edad y movilidad.

En su corta pero intensa disertación, Josefina de la Torre se reafirma en su insularidad, su apego a las islas, sobre todo a la que la vio nacer, y agradece el magisterio de su hermano Claudio, el de su tío Néstor de la Torre, así como el apoyo de escritores de la Generación del 27 como Pedro Salinas y Gerardo Diego, entre otros.

También reconoce que los diversos géneros que cultivó pueden haber contribuido negativamente a sus publicaciones poéticas. Un género, el de la poesía, con el que Josefina de la Torre se siente muy identificada.

Con este pequeño recorrido por su vida y sus diversos trabajos, termina el discurso agradeciendo a la Academia su nombramiento, sobre todo porque «me brindan además el retorno al mejor de cuantos escenarios he pisado».

Como una muestra de su obra poética, género que, según la propia Josefina, fue su preferido pues con ella se acercaba más a su tierra y a sí misma, les ofrecemos, junto al discurso, una pequeña antología de sus poemas.

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

Me dirijo a ustedes sin otro mérito que el de mi gran cariño por Josefina. Soy una de sus sobrinas nietas y a su vez nieta de Claudio de la Torre, y parte de mis recuerdos de infancia y juventud están vinculados a mi tía Josefina que frecuentemente visitaba la casa de mis abuelos, donde yo residí mientras cursaba mis estudios universitarios. Ella, muy delicada a sus noventa y tres años recién cumplidos, no ha podido volver a su isla, a La Isla de sus poemas. Nos toca, así, a miembros de las dos siguientes generaciones, mi tía Mari Presen, que ha estado junto a ella en estos últimos años, y a mí el honor de leer sus palabras de:

AGRADECIMIENTO

La edad, con sus condicionantes físicos, me impide, es verdad, estar presente en este acto, pero me permite, en cambio, ser mucho más consciente de la profundidad de mi agradecimiento hacia, en primer lugar, la Academia Canaria de la Lengua por distinguirme como uno de sus miembros de honor, y luego hacia todos ustedes que están haciéndome casi revivir con su presencia.

Poco podía imaginar cuando instalé definitivamente mi residencia en Madrid, ¡hace ya tanto tiempo!, que mi biografía se escribiría en circular para venir a cerrarse a orillas del mismo mar que me dio la vida. Como ignoraba entonces, a mi partida, que viajarían conmigo para siempre el sol, la luz y el mar de Las Canteras; la isla, en suma. Este espacio que explica mi existencia, todo cuanto he hecho, y que otros han querido interpretar, para mi agrado, como el manantial del que brota mi poesía.

Fue mi maestro, Pedro Salinas, el primero en reparar en esta fuerza peculiar de la insularidad cuando me definió como «muchacha isla» rodeada de agua por todas partes. Una tautología que me complace porque siempre me he sentido, como escritora y como mujer, isla por los cuatro costados, aunque haya sido, por otra parte, incapaz de explicar en qué consiste.

Es esta condición inefable la que me ha guiado a lo largo de casi un siglo, y que ya estaba presente desde mi infancia en el Teatro Mínimo de nuestra casa de Las Canteras y del que fue director mi hermano Claudio, auténtico timón tanto de mi carrera cinematográfica como de mis trabajos literarios.

A mi tío Néstor de la Torre le debo mi formación como cantante. Me vienen a la memoria algunos recitales y veladas benéficas, como la celebrada aquí en Gran Canaria en memoria de Benito Pérez Galdós y que

consistió en llevar a escena *La de San Quintín*, donde interpreté el papel de «Rosario». La música iba a ser ya para siempre una de mis pasiones y busqué la manera de darle salida, por ejemplo, en el Lyceum Club Femenino y en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Lugar este último que resultaría, a la postre, el ambiente propicio para dar rienda suelta a todas mis vocaciones. Como ya he dicho en un poema allí estaban todos: «Luis, Jorge, Rafael/Manuel, Gustavo/ ¡y tantos otros ya perdidos/ Enrique, Pedro, Juan/Emilio, Federico». Es decir, Buñuel, Aleixandre, Alberti/...Salinas/ y García Lorca.

Una vez más, mi hermano Claudio sería la llave que me abriría las puertas a los ambientes literarios y artísticos que marcaban en Madrid las pautas de un excitante modo de pensar, hacer y crear.

Saulo Torón, Agustín Millares Carló, Edgard Neville, José López Rubio.

Con ellos, entre ellos, me convertí en una mujer del 27. Pero nunca me he visto como el prototipo de mujer de vanguardia ni como luchadora feminista; mi única reivindicación era la que encajaba con la idea que tenía de ser yo misma y que se impulsaba a buscar en el cine, en la música, en el teatro y en la literatura una explicación, una respuesta nunca satisfecha a tanto misterio.

Y entre todos mis afanes, la poesía. A Gerardo Diego le debo mi inclusión en su célebre antología *Poesía Española*, convirtiéndome, junto a Ernestina de Champourcin en una de las dos únicas mujeres por él referidas a la «Generación del 27». Una particularidad en la que han reparado algunos escritores e investigadores a quienes agradezco el entusiasmo puesto en publicar mis *Poemas de la Isla*; así, en la Biblioteca Básica Canaria o en la reciente edición bilingüe del poeta y profesor norteamericano Carlos Reyes, quien ha querido ver, incluso, un parentesco

entre mi poesía y la de otra isleña, la cubana Dulce María Loynaz, escritora que ha dejado constancia literaria de su vinculación con nuestra tierra.

Como quien asiste en calidad de espectador a su propia puesta en escena, la mirada de quienes se han detenido en mi obra me ha permitido descubrir el hecho probable de que ésta anuncie una poética insular; una voz diferenciada del conjunto de los poetas peninsulares del 27. Corresponde a otros sentenciar en este sentido. Lo único seguro es que me siento insular y que en mi poesía son reconocibles la playa, la luz y el mar de mi infancia.

Y de esa mirada ajena han surgido también, recientemente, algunos interrogantes sobre la no correspondencia entre mis publicaciones, mi inclusión en antologías españolas y americanas y el relativo desconocimiento de mi obra en las esferas culturales españolas. Sobre todo, ahora, me

señalan, cuando los años imponen su peaje y asistimos al adiós, isoy la última! de la «Generación del 27».

Interrogantes que jamás me han producido inquietud porque ya viví en el escenario donde quise realmente estar, pero que me lleva a observar que en este país se percibe mal, como es mi caso, la multiplicidad de facetas y que ello haya podido afectar de modo negativo a mis publicaciones.

Aunque también habría que buscar otra razón en el silencio que impuse voluntariamente a mi poesía durante más de treinta años.

En ese tiempo desarrollé mi actividad en diversos campos creativos.

A modo de anécdota me gustaría recordar que durante los años de la Guerra Civil escribí bajo el seudónimo de Laura Comminges, una serie de novelas cortas que llevaban por título *La Novela Ideal*, en la que

también participaba mi hermano Claudio, su mujer Mercedes Ballesteros, y amigos de la familia. Aquella serie de novelas de amor e intriga nos permitió salir adelante durante esos difíciles años.

Con posterioridad vino la etapa de mayor entrega a mi actividad teatral y cinematográfica. De aquellos años guardo la amistad con actores y actrices como Ismael Merlo, Nuria Espert, Amparo Soler Leal, Vicente Parra..., mi trabajo como primera actriz en el Teatro Nacional y la puesta en marcha de compañía propia junto con Claudio. Fueron años en que resurgió la música. Compuse canciones y algunas partituras que, nuevamente, me devolvían a la isla.

Años de actividad que, de pronto, se vieron truncados dolorosamente por la temprana y tan sentida muerte de mi marido el actor Ramón Corroto.

Pero de entre toda esta multiplicidad de facetas más siento que siempre prevaleció la de poetisa. De este territorio del lenguaje es de donde arranca, hace ya bastantes años, mi retorno imaginario a Las Canteras. De ahí que este escenario que hoy me brinda, como realidad definitiva, la Academia Canaria de la Lengua signifique para mí la conclusión magistral de mi universo.

Me distinguen ustedes haciéndome un hueco entre las voces de la literatura canaria, pero me brindan además el retorno al mejor de cuantos escenarios he pisado. Por todo ello, quiero concluir expresándoles de todo corazón mis más emocionadas gracias.

JOSEFINA DE LA TORRE MILLARES

Las Palmas de Gran Canaria,
24 de noviembre de 2000

SELECCIÓN DE POEMAS DE
JOSEFINA DE LA TORRE

por Cecilia Domínguez Luis

Poemas de la isla
(1930)

LAS horas son iguales
que aquellas de mi ausencia:
lentas, precisas, mudas,
en orden de asiladas.
En estas mismas horas
tu presencia dejaba
un tranquilo descanso
sobre mi fantasía.
Las agujas atienden
el mandato del péndulo
y hacen su telaraña
de número romanos.
Tu presencia lejana
deja sobre mi frente
la mano que despierta
mi sueño, poco a poco.

ESTE juego conocido,
cuatro paredes a oscuras,
espacios desorientados,
inseguridad del aire
por distancias ignoradas,
proximidad inconcreta
—¿por dónde vino la noche?—.
Y se confunde la imagen,
tacto, forma, complicado
adivinar de lo oculto.
Este juego conocido
sin el principio ni el fin,
mirada abierta en la sombra,
—y la luz, ¿por dónde está?—.

Cuaderno de Josefina de la Torre
(1927-1930)

DISTANCIA de mi voz, puente perdido,
pensamiento perdido en mi distancia.
Alejamiento desprendido y alto
de voces imprecisas y alcanzadas.
¡Cómo tiembla el instante perseguido
por inconsciente azul y pez de plata!
Distancia de mi voz, distancia sola
por el incomprensible de distancia.
Pensamiento perdido —dentro, cerca—
sobre tu frente y en la madrugada.

Cuaderno de Josefina de la Torre
(1925-1934)

Y NO me lo podía
explicar así.
Que por verlo y hallarlo
de pronto,
en sorpresa
sorprendidos encuentros.
Todo aquello
perdido
tan lejos de presencia.
No podía comprender
y lo sentía
vivo
latir
crecer
dueño
vencedor de mí misma.

NO desprender las horas
ni abandonar los días.
No confiar lo ansiado
a ignoradas distancias.
No descuidar la ausencia
ni desoír presentes.
No cerrar al impulso
horizontes seguros.
Encadenar las horas
y eslabonar los días,
anudar en el ansia
lo inmediato seguro.
Eliminar la ausencia
en un presente, claro,
y dejar al impulso
su ilimitado vuelo.

¿ESTABA en mí, despierta,
la voz de tu recuerdo?
¿No había yo conseguido
con mi ciego propósito
negarme a todo eco?
¿No era acaso tan firme
la voluntad consciente
de mi dolor intacto?
¡Estoy loca de pena,
desorientada y muda
ante el encuentro estéril
de tu voz ya perdida,
de tu mirada antigua
de tu cierta presencia!
¡Oh, qué débil engaño
fingió mi pensamiento!
¡Qué inocente desvío
el de todos mis sueños!
¡Si aún te aguardaba en mí!
¡Si hoy, al alzar la frente
a la mañana densa!

Marzo incompleto
(1968)

ME busco y no me encuentro.
Rondo por las oscuras paredes de mí misma,
interrogo al silencio y a este torpe vacío
y no acierto en el eco de mis incertidumbres.
No me encuentro a mí misma.
Y ahora voy como dormida en las tinieblas,
tanteando la noche de todas las esquinas.
Y no pude ser tierra, ni esencia, ni armonía,
que son fruto, sonido, creación, universo.
No este desalentado y lento desgranarse
que convierte en preguntas todo cuanto es herida.
Y rondo por las sordas paredes de mí misma
esperando el momento de descubrir mi sombra.

Medida del tiempo
(1989)

CUANDO veo mi imagen reflejada
en la luna impasible del espejo,
siento cómo me duele su reflejo
tan fiel a mi verdad enajenada.

Esta forma que late y se rebela,
un tiempo fue de amor y fue de vida;
y aun hoy, que huellas saben de su huida,
queda una voz para su luz en vela.

Pero un día vendrá el irremediable
que a este espejo me asome, ya acabada.
Y la raíz de fuego insobornable

que crece en mi interior, aún no saciada,
conmoverá la cárcel indomable
con su llanto de ruina abandonada.

Mi dolor
(1980, inédito)

EN la paz y el silencio de la casa
hay una extraña luz incongruente,
una serenidad sin fundamento
y un calor sin lugar, incomprensible.
Pero está aquí, en la casa, me rodea
como un gran halo de tibieza amarga,
agridulce tal vez, pero vivida
añoranza sin voz, insumergible.

En la paz y el silencio de la casa
sigo viviendo como planta eterna
y distingo el calor y los sabores
y el regusto del sueño y de las voces
que a través de las horas me acompañan.

Misterioso vivir, interrogantes,
de los días iguales, si risueños,
de dolorosas lágrimas, inmersos
de constantes «porqués», incontestables.

Y en la paz y el silencio de la casa,
mi soledad en pie, doliente roca,
cerrando el paso a la desesperanza.

Otra poesía inédita
(2010)

ENCONTRARME de nuevo entre las ilusiones,
en la breve sonrisa o en el anhelo puro;
entre los sueños claros o entre las inquietudes.
Hallarme nuevamente dentro de la esperanza,
en el callado impulso, en las ambiciones.
Encontrarme otra vez en la imagen precisa
del hombre que ideara mi sana fantasía,
y en la madre sonriente que presintió mi cuerpo
y en la novia sin sombras que imaginó mi frente.
¡Yo quisiera volver a encontrarme a mí misma!
A la niña que fui y a la mujer que era
y desde este silencio que me prestan los años
busco el eco perdido de aquella voz amiga
y hundo mis manos.

